ANA ROJAS

PABLO ESCRIBANO



HIJA DE LA IRA

NdeNovela

Ana Rojas y Pablo Escribano

Hija de la ira

NdeNovela

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.
En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.
Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.
Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

© Ana Rojas y Pablo Escribano, 2025

© Editorial Planeta, S. A., 2025
NdeNovela, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.ndenovela.com
www.planetadelibros.com

Primera edición: mayo de 2025
Depósito legal: B. 7.170-2025
ISBN: 978-84-10140-24-0
Composición: Realización Planeta
Impresión y encuadernación: Rotoprint by Domingo
Printed in Spain - Impreso en España



CAPÍTULO 1

ES UN MILAGRO NO ESTAR MUERTA

A 15 kilómetros de Villarcayo
6 horas antes de la muerte de Artzai

Viéndola pasar con su fatigado pedaleo de caracol, nadie habría pensado que Oriana al Zarqaui huyera de algo. Aunque lleve diez meses atravesando Europa en bicicleta, pagando en efectivo y sin pasar dos noches en el mismo lugar. Aunque hablar con alguien más de dos minutos se haya convertido en una rareza. Aunque duerma con un cuchillo de palmo y medio dentro del saco.

Al verla así, con un culote desgastado, rodando por senderos y carreteras secundarias con alforjas embarradas, cualquiera habría pensado que sabe adónde va, que lleva un mapa o un GPS, que sigue una ruta prevista de antemano, que hay un propósito más allá de esos cientos de miles de pedaladas diarias. Cualquiera podría pensar que tiene un hogar al que volver después de reventarse las piernas y también, seguramente, que es una chica aventurera, atlética, de buen ver, que se va a rodar un par de días para desconectar de un trabajo aburrido o estresante. Cualquiera podría preguntarse por qué anda sola o si habrá alguien que la espere. Los que no se hacen muchas preguntas ni se fijan excesivamente en los detalles habrán pensado que

Oriana al Zarqaui es una mujer joven sobre una bicicleta, buscando lo que sea que buscan los ciclistas cuando montan en bicicleta.

Y esa es más o menos la imagen que da después de treinta y cinco minutos de ascensión. Subiendo se sufre como un perro, no hay más que hablar. Los veinticinco kilos de las alforjas no ayudan. A su favor tiene una condición física excepcional, un cuerpo y una mente entrenados en el dolor y varios miles de kilómetros recientes en las piernas. En su contra, que ha empezado el ascenso cuando ya llevaba ciento veinte entre pecho y espalda. A estas alturas el paisaje deja de tener importancia, deja de emocionar, la fatiga destruye poco a poco la capacidad de percepción y solo acuden a la mente imágenes de macarrones con bechamel, de agua fresca, de línea de meta, sea esta la que sea. A esas alturas del esfuerzo parece que la piel se pega al cráneo y la calavera del ciclista aflora, angulosa, revelando un rostro distinto, feroz y desvalido a un tiempo. *Melgar de Fernamental - Villarcayo. Qué burra eres, hija.* Es la hora de los macarrones y las calaveras.

Cae la tarde cuando toma un sendero hacia un bosque de pinos. A quince kilómetros de Villarcayo se desvía hacia el monte. Sombra, bosque, intimidad, naturaleza. *Albert tenía razón, esto es precioso.* La pista no es mala, puede rodar cómodamente pese a la pendiente, y arriba se intuye un llano. Llega a una laguna. Árboles, agua, ni un alma; la sorpresa del día. *No siempre puede una dormir en lugares hermosos. A Albert le va a encantar, si no lo conoce ya, claro.* Hace un mes que no se ven, desde El Barco de Ávila. Este va a ser su segundo encuentro en seis años. *Ay, Albert.* La única persona con quien hablar, reír,

soltar las armas. *Ojalá vengas con la misma luz en los ojos. Ojalá me guste verte otra vez.*

Se conocen desde el instituto. Ambos eran de esos tíos raros a los que nadie habla si no es necesario, obligatorio o ineludible. La mora y el catalán. El día que los sentaron juntos en clase, Oriana chasqueó la lengua y Albert resopló. No tuvieron que hablar hasta después del recreo. *La puta clase de inglés con su mierda de enfoque comunicativo.*

—*Who are you?*

—Mira, Alberto, invéntatelo; no me apetece tener esta mierda de conversación.

—Vale, pero me llamo Albert.

—Fenomenal.

Cuando llegó su turno, Albert empezó a hablar.

—*Oriana al Zarqaui is fourteen years old, she's in third of ESO and she doesn't like to do exercises that simulate conversations that we will never have in English with anybody. Me neither.*

Un inglés perfecto para explicar que a la que desde ese momento sería su amiga no se le ponía en los ovarios hacer el ejercicio. Y que a él, en el fondo, tampoco. Oriana abrió mucho los ojos, lo miró y soltó una carcajada como hacía tiempo que no se permitía. La profesora de inglés los echó al pasillo mientras decidía si aquello era una falta de respeto o un comentario tolerable. Lo cierto es que gramatical y fonéticamente había sido una intervención precisa. Sus compañeros no supieron de qué iba aquel follón, pero intuían alguna ofensa y, aunque preguntaron varias veces a la *teacher* qué había pasado, no obtuvieron ninguna información, salvo un «please, be quiet» y un «haber estado atento». No, *Albert nunca defrauda. Al revés.*

Oriana decide pasar allí la noche, el último pueblo está a cinco kilómetros monte abajo. No se esconde demasiado, solo acampa al amparo de los árboles. No parece probable que aparezca la Guardia Civil y no ha visto a nadie en toda la tarde. Desempaca, monta la tienda con la puerta al oeste para que no la despierte el sol y se da un baño en el pequeño lago. El placer del agua tras el calor sofocante del camino. Liberar los pies tras un largo día de botas. La desnudez tras horas de ropas ceñidas. Flotar. Los músculos parecen olvidar el cansancio. El frío vivificante. Despegarse de la gruesa capa de sudor y polvo y sentir la piel limpia y la frescura del aire.

Prepara la cena en el hornillo. Piensa en hacer una hoguera, pero no. Mejor no tentar a la suerte, es temporada de incendios y la Guardia Civil está atenta. Sopa de sobre, un par de puñados de macarrones y uno de arroz, onza de chocolate, candar la bici, lavar y tender la ropa interior, revisar el campamento, hervir agua para un té, cigarrillo de liar y a ver las estrellas, a oír a los bichos, a sentir la noche, a dejarse caer en un sueño labrado a base de nueve largas horas de pedaleo. Ciento treinta y cuatro kilómetros es el mejor tratamiento contra el insomnio que ha probado, y ha probado muchos. Pasa una lechuza, grito blanco en el crepúsculo.

22.04. Ya en el saco, cae dormida.

23.38. Un rumor distante la devuelve al mundo, aunque aún no del todo. Es el destello que atraviesa las paredes de la tienda de campaña y el motor que brama segundos después lo que la pone en guardia. No puede evitar deducir. Manías que

la persiguen. Deformación profesional. Motor diésel, gran cilindrada, cuatro por cuatro, trapeo a todo volumen. *Algún imbécil derrapando en la grava. Ganaderos, improbable; chavales dando la nota, eso sí.*

No le preocupa en exceso la presencia del coche. La sombra del pino la cubre en la noche clara, su tienda tiene colores de camuflaje; no la verán. Aun así, se prepara. *Con imbéciles, nunca se sabe.* Sigilosamente sale del saco, se pone rápido las botas y una camiseta. Se puede hacer infinidad de cosas en bragas, pero pocas si estás descalza en la montaña. La mala hostia del sueño interrumpido empieza a emerger. *A ver cómo coño consigo volver a dormirme cuando se vayan.*

Las luces del coche se apagan. Dos siluetas bajan. Hombres. Ruidosos, robustos, veintitantos, no tan chavales, algo ebrios por el tono de voz, bajan latas de cerveza, se sientan en las piedras, ríen, gritan, fuman marihuana, no advierten el campamento de Oriana. *Qué van a advertir.*

—Sabes lo del chalé 51, ¿no?

—Sí, algo he oído: que no pagan, los cabrones. Los gremios, sin cobrar, y el personal, *mosqueao*; natural.

—Tú tampoco has cobrado lo tuyo, claro.

—Qué va, dos meses lleva Abelardo dándonos largas: que si ya me van a pagar, que si la semana que viene cerramos un acuerdo con la propiedad... Ya sabes cómo habla el hijoputa.

—Que no te oiga.

—Ya te digo. Pues igual se la cargan los del chalé. Dicen que les van a mandar a alguien; un sustillo y que aflojen.

—Pues claro, joder, están jugando con el sueldo de la gente. Venga, acaba eso y vámonos, que mañana si no...

Se levantan. Vuela una colilla como una estrella fugaz. Suben al coche, arrancan, encienden los faros, dan la vuelta para enfilar el camino y, de repente, Chuchi frena en seco. Ha visto algo. El haz de luz ilumina la tienda de Oriana. El motor sigue un par de segundos, el freno de mano chirría, el motor se apaga de nuevo. Los chavales se bajan, divertidos. Uno más que otro.

—Joder, Chuchi, ¿qué haces?

—Déjame.

Camina hacia la tienda. El otro lo sigue. Oriana suspira, se caga en la Virgen y se acuerda de esa suerte atravesada que cada tanto se cruza en su camino. Saca de debajo de la almohada su cuchillo y lo deja al alcance. Se apoya sobre su espalda, con las piernas flexionadas contra la puerta de la tienda. Espera mientras los pasos se acercan crujientes sobre la pinocha. Merodean por su campamento, se aproximan a la bici, enredan en la ropa tendida. Cuchichean.

—Es una tía. Sola. Mira el sujetador.

—Chuchi, no la líes.

—No seas cagón, López; vamos a divertirnos un poco.

—Chuchi, joder... Déjala, estará durmiendo.

—Será una perroflauta extranjera. Vamos a ver si está buena.

Chuchi se acerca y abre la cremallera con un zumbido lento. Muy despacio. Lo suficiente para meter la cara. No ve nada porque al asomarse recibe un impacto que lo lanza hacia atrás. El talón de Oriana golpea justo en la nariz, se oye un chasquido y luego el barullo de Chuchi manoteando para palparse la cara, luchando por respirar entre bocanadas de sangre. Se oye

el zip de la cremallera abrirse en un segundo y Oriana sale de la tienda como un gato.

—¡Hostia puta! —exclama López asustado, dando un paso atrás y alejándose de la mujer.

Antes de poder pensar en nada, lo invade el miedo. En la tiniebla gris de la noche, la ve armar el brazo y hacer un gesto rápido. Un zumbido grueso atraviesa el aire a unos centímetros de su oreja y se estampa un par de metros más atrás en el tronco de un pino. El ruido del impacto lo aturde aún más. Al girarse, López ve un cuchillo cimbreando clavado en el árbol. Traga saliva a toda prisa y apenas logra balbucir.

—Pero ¿qué haces?

—Buenas noches, lo primero —sonríe Oriana avanzando hacia él.

López distingue el brillo blanquecino de sus dientes mientras retrocede y se arrodilla junto a Chuchi, que aún está en el suelo intentando entender qué ha pasado.

—Tía, que le has roto la nariz, que lo has *reventao*. ¡Voy a llamar a la Guardia Civil!

—Llama, llama. A ver qué les parece que dos borrachos perturben el sueño de una mujer sola y desvalida en mitad de la noche. Y, ya que estamos, les comentamos lo de los sicarios que pensáis contratar para acojonar a los del chalé 51. Y lo de la maría, claro.

Salen dando tumbos.

—¡Me cago en tu puta madre, hija de la gran puta! ¡Te vas a acordar de esta!

Ya a distancia, Chuchi boquea sangre e ira mientras se tambalea hacia el coche apoyado en su amigo. Oriana camina

unos pasos tras ellos, obligándolos a apresurarse. No puede evitar sonreír con tristeza ante las amenazas de Chuchi. *Ay, hijo, si tú supieras...* Fogonazos de vida le vienen a la cabeza. Los ve subirse al coche y salir pitando. Cuando alguien se cría entre lobos no teme a las ratas. El silencio regresa a la laguna un par de minutos después, pero la sensación ya no es pacífica. Oriana recoge su cuchillo del árbol y vuelve a la tienda. Se acuesta, pero ya no puede dormir. *¿Cuántas veces han intentado joderte, Oriana?*

A veces lo piensa. A estas alturas es un milagro no ser adicta. Es un milagro no estar rematadamente loca. Es un milagro no resultar un peligro para los demás. *Es un milagro no estar muerta. De hecho, de esto último iba la línea pedagógica de papá.* Todavía recuerda casi palabra por palabra la última discusión, con dieciocho años y recién terminado el curso. Matrícula de honor en bachillerato y la octava mejor nota en selectividad de la Comunidad de Madrid. Su padre ni siquiera miró los resultados. Comían el guiso de lentejas que había preparado ella misma.

—Te vas a Chauen en septiembre.

Oriana lo miró con la cuchara en el aire.

—No —dijo intentando clavarle esa simple sílaba en mitad de la frente.

Para Hadi la palabra «no» en labios ajenos carecía de significado. Él seguía explicando cómo iban a ser las cosas al final, ignorando cuántos noes hubiera de por medio.

—Tienes que mejorar el árabe y empezar a conocer el negocio.

Oriana pensó que no, que ya estaba bien, que no aguantaría otro verano allí, en la casa de Fátima, esa vieja áspera con la

inquina siempre asomando por el rabillo del ojo. Desde los once años pasaba allí los sesenta días del verano eterno, en el que nunca había nada que hacer salvo limpiar y rezar. No. Ya no. No iba a volver a Chauen.

—Hablo árabe perfectamente y no quiero saber nada del negocio.

—Eso no importa, ya lo entenderás.

—Ya lo entiendo ahora, pero no quiero.

Hadi no la miró. Siguió comiendo como si no hubiera nada más importante que las lentejas sobre la mesa. Oriana sintió hervir la ira en su interior. *Él sabía hacerme eso.* Una leve sonrisa asomaba en el rostro de su padre cuando levantó los ojos y susurró:

—Tú harás lo que yo te diga.

Y en ese momento estalló. El plato de lentejas voló por los aires y se hizo añicos contra la pared.

—¡No! ¡Ya no!

Oriana aferraba la cuchara como un arma y en su mirada ardía todo el odio almacenado durante años. Le hubiese encantado decirle que ya estaba bien, que ya había jodido a su madre hasta matarla, que ya hacía mucho que estaba sola en este infierno de casa donde casi la violan delante de sus putas narices, que, por fin, tenía dieciocho años y que no iba a seguir jodiéndole la vida. Pero las palabras no salían. Sus emociones estaban fuera de control. Solo podía mirarle con la esperanza de que su padre, por fin, entendiera que ya no era suya. Oriana respiró, exhausta por la tensión, los labios replegados, las sienes palpitando, los puños como rocas. Hadi la miró. En silencio. Cogió un trozo de pan y rebañó meticulosamente el plato.

Transcurrió medio minuto sin que pasara nada. La ira, como polvo, se fue disolviendo en el líquido viscoso de la frustración. *El muy cabrón marcaba bien los tiempos.* Oriana tiró la cuchara y se dio la vuelta para salir.

—Ay, Oriana, sigues siendo una cría; no entiendes nada —oyó a sus espaldas la voz de su padre que apenas disimulaba una ligera risa.

—Eres tú el que no lo entiende. No quiero tu vida de mierda.

En ese momento, Hadi cambió el rictus. La sonrisa falsa dejó paso a un rostro de cemento oscuro. Duro. Áspero.

—¿De mierda?

Se levantó como un resorte, cogió a Oriana por un brazo y la obligó a darse la vuelta para mirarlo.

—Mira, niñata, mi vida de mierda, como tú la llamas, es un sueño. He sobrevivido a todo: tenía la mitad de años que tú cuando crucé el Estrecho a la deriva en una rueda de camión y vi morirse como un perro a mi amigo, ¡mi hermano! Vine a Madrid y me hice un nombre y conseguí todo lo que me propuse: suficiente para que tú, a diferencia de mí, no hayas tenido que prostituirte hasta ahora. ¡De la nada! Así que no me vengas a decir que esto es una mierda. Esto es la vida, Oriana, no hay mucho más: sobrevivir y lograr lo que te propones. ¿Que hay muertos por el camino? ¡Pues claro, joder! ¡Hay que ser estúpido para ignorar eso! Puedes quejarte lo que quieras y culparme de tus males, pero yo te he enseñado lo más importante de todo: a no ser tú la muerta, hija mía.

—Eres un hijo de puta.

Su padre sonrió mientras volvía a la mesa.

—En eso tienes razón, hija, tu abuela fue puta hasta que la mataron a golpes en un callejón. Y yo mendigué, me vendí y viví en la calle desde entonces. Esa fue mi herencia. La recibí con seis años. ¿Y te quejas tú de la tuya? Madura, hija; eres quien eres, acéptalo ya y vive en consecuencia.

—No, no acepto nada. Déjame en paz —murmuró Oriana saliendo con un portazo.

Fue su último verano en esa casa. Apenas se vieron. Apenas cruzaron palabra. El tres de septiembre, Akram, su chófer de Chauen, llamó para informar de que Oriana no había llegado en el vuelo previsto. Su padre entró en la habitación. Vio puertas abiertas, armarios desnudos y el billete de avión en el suelo. Roto. Seguramente se cagó en todos los dioses conocidos. A finales de agosto, Oriana se había incorporado a las Fuerzas Armadas españolas. Ejército de Tierra. Nadie la buscaría en Zaragoza. Allí empezó su carrera como soldado. El principio, pensaba ahora, de una huida infinita.

Oriana vuelve a la hermosa laguna en los alrededores de Villarcayo, a la noche cuando casi duerme a pierna suelta. El calor la molesta, abre la cremallera de la tienda y saca medio cuerpo para respirar. Resopla, incómoda. *Y ahora estoy aquí, con este agobio en la cabeza y embarullada con el marrón del Chuchi*. Se acuerda de Albert. *Lo mismo se me jode la cita*. Noche cerrada. *Puta mala suerte*.

Oriana rumia sus obsesiones sin lograr poner freno a la riada de ansiedad que la envenena. No hay forma de volver a dormirse. Imposible acallar el estruendo del viento en los árboles. Imposible acallar el griterío de los recuerdos en su ce-

rebro. *Puede aparecer la Guardia Civil. Pueden aparecer los dos imbéciles con sus amigos. Mi padre y sus historias que no hay Dios que entierre*. Es como no tener párpados. Los corzos ladran áspero en la lejanía. Suena el chillido enloquecido del mochuelo.

Noche de mierda.